

PRÓLOGO

El comienzo

Cilyan llegó a la cima del mundo con tan solo veinte años. Tomó aire y avanzó solemne, entre la multitud atenta, hacia el trono. *Su* trono.

Tras la Gran Liberación de Ruón, había ordenado construir un palacete de una sola planta, algo bastante modesto para su posición. La decoración apenas podía llamarse así debido a la austeridad de los materiales y a los colores sobrios. Cilyan quería transmitir una imagen clara: ella estaba por encima de lo material. Incluso de lo terrenal. No quería ostentaciones: solo ser la Emperatriz de la Nueva Era, un título escogido por ella misma. Tan solo su peinado y maquillaje se habían cuidado al detalle. Sí, era una emperatriz sobria, pero también rozaba la divinidad, y su aspecto debía ir acorde a ello. Y a juzgar por los rostros maravillados de su pueblo, sabía que lo había logrado. A fin de cuentas, por encima de ella solo estaba Ruón.

Los aplausos y los gritos de júbilo que le dedicaban eran como una melodía para sus oídos. Podía sentir el orgullo de sus padres al verla convertida en la líder que siempre desearon que fuera. Percibía el amor de los suyos, cálido y cercano, pero respetuoso a la vez. Era un sonido casi perfecto, como una orquesta. Pero mientras llegaba al trono, notó algo fuera de lugar. Como un instrumento que no sonaba al compás de los demás. O más bien, que se negaba a tocar.

Buscó con disimulada irritación el origen de aquel fallo. Porque debía ser eso: un error. Nadie podía despreciarla sin consecuencias.

Entonces, lo vio. El chico con un ojo muerto clavó en ella el sano, un azul profundo que le transmitía rabia. Estaba cruzado de brazos y desentonaba con su labio torcido y su desdén como una mancha de tinta en una obra de arte.

Su hermano, Varlion. El mal llamado Héroe de Ruón.

La emperatriz se detuvo frente a su trono. Se volvió despacio y se arrodilló ante su pueblo con serenidad. Antes de reclamar su lugar, debía mostrar humildad y respeto a Ruón y a todos sus Verdaderos Hijos.

Los vítores de su pueblo se intensificaron. Y cuando su padre le puso la corona, las ovaciones llegaron a su punto álgido. A pesar de que el salón estaba repleto, solo pudo ver a su hermano abandonarlo. ¿Cómo algo tan insignificante podía opacar su momento de gloria?

Decidió no preocuparse. Varlion comprendería tarde o temprano que la Emperatriz de la Nueva Era podía ser humilde, austera y generosa con su pueblo.

Pero también podía castigar sin piedad a quienes la enfrentaran.

PARTE 1

CAPÍTULO UNO

Tres meses después

Siann nunca había valorado el cielo estrellado porque siempre lo había percibido como una realidad inalterable. Como el ardiente que sale cada mañana, o las lluvias de la Estación de Flores.

Ahora todo aquello había desaparecido y su mirada siempre se topaba con el mismo ojo gigantesco.

Habían pasado tres meses desde la Tercera Decadencia, la última en la que el monstruoso dios había emergido de las entrañas de la tierra. Desde aquel día, el cielo se había convertido en una capa gris, cuyo único astro era aquella inmensa pupila negra. Anhelaba tanto ver un rayo del ardiente atravesar la densa nube como encontrar a alguien que no fuera un condenado o un habitante de Nuevo Mundo de Ruón.

Jorn se había convertido en su única compañía. El líder de la extinta familia de Lobos había cambiado mucho en los últimos tiempos. Hacía unos meses había sido tranquilo, implacable, con una mezquindad que lo había llevado a cometer actos espantosos. Sin embargo, ahora Siann tenía a su lado a un hombre con la barba descuidada, los ojos cansados y un aspecto mucho menos duro y bastante más lamentable; los restos maltratados del hombre que fue.

Jorn apenas hablaba, y Siann tampoco intentó acercarse a él más de lo necesario para garantizar su supervivencia. Al principio, y a petición de Siann, le había contado algunas historias sobre su juventud antes de formar la familia de Lobos. La amargura que impregnaba cada una de ellas provocó que Siann dejara de interesarse. Suficiente tenía con vivir un presente oscuro. No quería sufrir también por el lamentable pasado de alguien más.

En especial si ese alguien le había hecho la vida imposible durante años. Siann era capaz de perdonar hasta cierto punto, pero olvidar era otro asunto. Si seguían juntos era porque por separado tendrían menos probabilidades de salir adelante.

Tan solo les unía la devastación.

Siann estaba acostada sobre una gruesa rama en lo alto de un árbol. Mantenía la vista clavada en el ojo negro a través de la hojarasca. A veces tenía la sensación de que la miraba directamente a ella. Ruón sabía que estaba allí, en el bosque, a unos kilómetros del asentamiento de los ruonistas. Sabía que se escondía de ellos, y en especial de Shiff.

Tras el desastre que acabó con el mundo tal y como lo habían conocido, Siann no volvió a sentir ningún tipo de conexión con el monstruo. No oía su voz, más allá de los lamentos ahogados que profería de vez en cuando. El ser que vivía en la cúpula celeste ya no encontraba el camino para acceder a su mente. Y, al parecer, tampoco tenía la manera de avisar a su pueblo de que ella seguía viva, dispuesta a devolverlo bajo tierra, de donde nunca debió salir.

—¿Crees que nos escucha? —preguntó Siann, girando la cabeza hacia la rama donde descansaba Jorn.

Jorn ni siquiera preguntó a quién se refería. A aquellas alturas, uno de los pocos temas que salían a relucir entre ellos era el monstruo.

—Qué más da. No parece que pueda atacarnos directamente. De lo contrario, ya nos habría eliminado, ¿no?

—Supongo que sí —suspiró ella.

Jorn había cambiado en casi todo, excepto en lo de ser práctico. Si no podía hacerles daño, no necesitaban preocuparse por ahora. Por su parte, Siann no había dejado de pensar ni por un momento en deshacerse de la criatura.

Era su único motivo para seguir adelante.

—¿Crees que hay alguna forma de arreglar las cosas? —dijo Jorn.

Siann se volvió hacia él. Era poco habitual que le preguntara algo. La mayoría de las veces se encargaba de zanjar las escasas conversaciones que mantenían con una frase que no dejaba lugar a réplicas.

Aquella noche había permanecido más desanimado de lo habitual, lo cual ya era difícil de imaginar.

—No lo sé, pero lo intentaremos —contestó ella. Sabía que Jorn no se refería al mundo como tal. Estaba pensando en los menores de la familia, en su buen amigo Cerwen, en Skaylark. Sobre todo, en ella.

Ese era el motivo de Jorn para seguir.

El ex líder de la familia de Lobos se giró sobre su rama y le dio la espalda a Siann.

—Ten cuidado y no vayas a caerte mientras duermes.

Una de sus particulares formas de decir «buenas noches».

Ella nunca se caería de un árbol, ni siquiera durmiendo. Tenía un sentido del equilibrio muy desarrollado, debido a toda una vida de huidas y carreras. Solía trepar a cualquier lugar para escapar de los peligros. Podía estar horas sobre un solo pie en una superficie diminuta con tal de sobrevivir.

Se acomodó, si se podía decir así, con la cabeza sobre una mochila que llevaba casi siempre encima, y se preparó para un sueño inquieto, como casi todas las noches desde que Ruón opacó el cielo.

Siann permanecía en una duermevela inquieta. Sus sueños se enredaban con pensamientos ocasionales que la hacían despertarse unos segundos para caer rendida de nuevo. Solía ocurrirle cuando rememoraba los acontecimientos de la guerra en la que Ruón había poseído su mente, como si su cabeza insistiera en escarbar en la memoria y reunir todos los recuerdos de aquella batalla. Cuando se liberó de la influencia del dios, casi todo lo que había ocurrido estaba borroso en su mente y apenas distinguía lo que era real y lo que no. Por eso odiaba la

caída de la noche: sus pesadillas afloraban y le recordaban los horrores que había vivido y perpetrado por igual, al tiempo que se encadenaban con su vida anterior, incluso con los buenos momentos que pasó con Shiff. Meses atrás no se habría despertado en mitad de la noche ni con la caída de una bomba, pero ahora el zumbido de una mosca o el crujido de unos pasos sobre la hierba eran suficientes para ponerla en alerta.

Y esto último, de hecho, fue lo que interrumpió sus pesadillas aquella noche.

Siann se movió despacio y buscó el origen de aquellos pasos. El corazón comenzó a bombearle con fuerza cuando vio un cuerpo de apariencia humana caminar bajo el árbol. «¿Un condenado?», pensó. La Tercera Decadencia había convertido el mundo en un paraje desolado, poblado de aquellos seres. La humanidad había sucumbido al pequeño pueblo de Ruón y a sus condenados. Muchos terminaron convertidos en monstruos que, a su vez, transformaban a otros.

Siann se volvió hacia Jorn. Estaba inmóvil, con la única excepción del leve subir y bajar de su cuerpo al respirar.

Descendió hasta el suelo, procurando hacer el menor ruido posible. Pegó la espalda al tronco del árbol y tomó el cuchillo que siempre escondía en el interior de su chaqueta.

La persona —condenada o no— se había detenido a escasos metros de donde estaba ella. Se agachó y tomó una jaula hecha con madera de fresno. En el interior se agitaba un conejo.

«¿Un conejo saliendo de su madriguera por la noche?», pensó Siann.

El captor resopló y profirió un «¡mierda!». Se volvió y la chica pudo comprobar que era un joven de más o menos su edad. Llevaba una capa que había visto usar a muchos Verdaderos Hijos, sobre todo a los de mayor clase.

Algo no encajaba.

El chico sacó al conejo de la jaula. Tenía puesto un guante de cuero grueso, por lo que los dientes del roedor no pudieron ni rasparle la piel. Con un movimiento

veloz, desenvainó un cuchillo que llevaba atado a la cintura y se lo clavó a la criatura. El conejo profirió un chillido, pero no dejó de moverse.

Tal y como Siann había deducido, era un conejo condenado. Incomestible, si no querías pasarte el resto de tu vida con cagaleras. Y el resto de tu vida no solía ser más de cuatro días. Lo que no comprendía era por qué un Verdadero Hijo se dedicaba a asesinar a sus condenados. Eran sus soldados, sin importar si se trataba de animales o humanos.

El chico se ensañó con la criatura. No parecía disfrutar, pero tampoco dejó que la duda lo detuviera. Ese pequeño conejo ya no lo era como tal. Solo era un monstruo en miniatura que podía convertir a cualquiera en algo como él. Siann apartó la mirada. A pesar de que ella había hecho lo mismo en varias ocasiones, resultaba desagradable ver un cuerpo convertido en una pulpa de sangre y vísceras.

Siann cerró los ojos por un momento. Se tapó la nariz y se esforzó por aguantar las náuseas. El olor a sangre llegaba hasta ella. No sabía hasta qué punto era real y hasta qué punto su imaginación, obligándola a recordar su participación en la carnicería que destruyó el mundo. Se preguntó si algún día sería capaz de olvidar. O, al menos, de sobreponerse al pasado.

Cuando Siann entreabrió los ojos, recuperada de la impresión, se encontró con el chico de la capa frente a ella. ¿Cómo no lo había escuchado avanzar hasta su posición?

El chico alzó el cuchillo ensangrentado. Por la postura incómoda al sujetarlo, Siann supo que tenía escasa experiencia en combate. De todas maneras, decidió no subestimarle.

—No eres una condenada —observó el joven. Tenía un acento extraño, pastoso, y los ojos rasgados, lo que indicaba que procedía de un país muy lejano—. Y tampoco pareces una Verdadera Hija.

—No lo soy. —Siann levantó las palmas en señal de rendición, pero no soltó su propia arma—. ¿Y tú? Eres un superviviente de la Tercera Decadencia, ¿no es así?

—Me llamo Arkel. —El chico bajó el brazo y adoptó una actitud más relajada—. ¿Cómo te llamas tú? ¿Estás sola?

«No debería confiarse tanto —pensó Siann—. Podría estar engañándole para que bajara la guardia».

—Yo soy Siann. —Relajó el cuerpo, imitando al chico. Levantó la vista sobre él y añadió—: Y no, no estoy sola. Tengo compañía.

—Ah, ¿sí?

El chico percibió una punzada fría en su espalda. Se quedó rígido con la expresión congelada en una mueca de terror mientras alguien le murmuraba al oído.

—Y aquí está el acompañante.

Arkel no se atrevió a volverse. Apenas se atrevía a respirar. Pensaba que, si se movía, aunque solo fuera un milímetro, ese hombre a sus espaldas le hundiría el puñal que apretaba contra él.

—No quiero problemas —barbotó el chico—. Solo estoy tratando de cazar para comer, nada más.

—Jorn, déjalo —dijo Siann—. No creo que sea una amenaza.

Jorn apartó el arma a regañadientes y el chico se alejó dos pasos de él.

—¿De dónde has salido tú? —dijo el hombre, examinándolo de arriba abajo con desconfianza—. No eres de por aquí, ¿verdad?

—Y lo más importante: ¿hay alguien más? —Siann no quería ilusionarse con la posibilidad de que hubiera un gran número de personas en algún lugar, ocultas de los invasores de Ruón.

Arkel los miró alternativamente, debatiéndose entre confiar en ellos o mentir.

Finalmente, asintió con la cabeza.

—Hay dos chicas más.

La emoción de Siann se desinfló un poco. «Solo otras dos personas». En cualquier caso, era un comienzo. Eso significaba que podía haber más, a parte de los supervivientes que habían decidido quedarse entre los Verdaderos Hijos y unirse a su forma de vida.

—Estupendo. Pues que tengáis suerte —dijo Jorn—. Y para tu información, te sería más fácil cazar de día. —Le dio la espalda a Arkel sin esperar respuesta y se dispuso a trepar el árbol. Se quedó mirando a Siann y, al ver que no lo seguía, resopló y preguntó: —¿Y ahora qué pasa?

—¿Podemos ir con vosotros? —preguntó la chica a Arkel.

—Siann —dijo Jorn en tono de advertencia.

Arkel se rascó la nuca y levantó la cabeza hacia el ojo inmenso de Ruón.

—Bueno, supongo que a las chicas no les importará.

Siann lanzó a Jorn mirada suplicante. Ella quería compañía, seres pensantes que no fueran esos retorcidos ruonistas. Era partidaria de que, cuanto más grande fuera el grupo, más probabilidades había de que las cosas salieran bien.

Jorn, en cambio, era desconfiado y distante. No le hacía ninguna gracia unirse a otros. En especial si se enteraban de su secreto.

Aún con dudas, decidió ser práctico. Habían pasado tres meses y era la primera vez que encontraban a alguien como ellos. Podría sacar partido de aquella situación.

—Está bien. Si estamos todos de acuerdo, formaremos una familia feliz. —El tono de Jorn era de todo menos entusiasta.

—Está bien. De todas maneras, dejadme que hable con ellas antes de que os vean. No quiero que se lancen a mataros antes de descubrir que no sois condenados ni Verdaderos Hijos.

Un escalofrío le trepó a Siann por la espalda. ¿Habían matado a personas no condenadas? Incluso si se trataba de ruonistas, ella no se había atrevido. Al menos, no después de librarse de la influencia de Ruón.

—Está bien —musitó Siann.

Avanzaron bosque adentro con Arkel en cabeza. Jorn indicó a Siann que ralentizara el paso y se acercara a él.

—Ni se te pase por la cabeza contarles nuestro secreto.

Siann tardó unos segundos en entender a qué se refería.

—No soy idiota. No voy a ir pregonando que nosotros ayudamos a liberar a Ruón.

—Más te vale. Tiendes a confiar demasiado en la gente.

—Y tú demasiado poco.

Jorn ladeó la cabeza e instó a Siann a aumentar la velocidad de paso.

—Cuando se trata de secretos delicados, es mejor ser precavido.

Siann pensó en lo que Arkel había dicho antes. Había dejado caer que a su escaso grupo no le temblaba la mano a la hora de acabar con los Verdaderos Hijos. ¿Qué les impediría matarlos a ellos, que en gran medida fueron los causantes del desastre?

CAPÍTULO DOS

El héroe de nada

Varlion había abandonado su cama y se había marchado en mitad de la noche. Otra vez.

A menudo, soñaba con Siann. La veía junto a Jorn caminando, durmiendo, incluso infiltrándose en la ciudad para robar víveres y buscar respuestas entre las calles. Reía muy poco, lloraba a veces y reflexionaba a menudo. Todo aquello solo eran escenarios que inventaba su mente dormida. Siann había huido tras liberarse de la posesión de Ruón y nunca más la había vuelto a ver. Deseaba aceptarlo de una vez y dejar de soñar con ella.

Enterrar la culpa.

Cilyan había prometido que los *dextreezo*, aquellas personas nacidas fuera de Ciudad de Ruón y CratenFeer, podrían vivir entre ellos y convertirse en habitantes de pleno derecho. También le había comentado a él que, si alguna vez Siann y Jorn aparecían por allí, se les recompensaría por su papel durante la liberación. Cilyan le había dicho, con toda intención:

—En especial a Siann, que ambos sabemos que es la que más ayudó en el momento crucial.

Varlion no tenía ni idea de cómo había adivinado que él se acobardó a la hora de asesinar a Yaisha y terminó matándola Siann. ¿Se lo habría dicho el propio Ruón? ¿Tan fuerte era la conexión entre su hermana y el dios?

Qué importaba. Varlion sabía que Siann jamás regresaría. Prefería que fuera así. Si Cilyan pensaba que los *dextreezo* llevaban una vida de «habitantes de pleno derecho», no quería imaginar la recompensa que les esperaba a Siann y a Jorn.

Varlion caminó en mitad de la oscura noche con la única compañía de un candil que lo ayudaba a ver por dónde pisaba. Pronto dejó atrás los adoquines de piedra que cubrían el suelo de la ciudad y se sumió en un bosque a las afueras.

Cuando levantó la mirada, se encontró frente al Sijeeskeern, el lago más cercano a Nuevo Mundo de Ruón. El nombre pomposo de la ciudad se le había ocurrido a Cilyan, por supuesto; pero el nombre del lago se lo había dado él. Le pareció que «Aguas claras» era un nombre práctico y sencillo, algo que él valoraba.

A menudo se escabullía por las noches y se quedaba largo rato sentado junto a la orilla. A veces, el ojo de Ruón estaba cerca y titilaba con un brillo apagado que se reflejaba en el agua. Aquella noche no estaba allí. Debía de estar vigilando otras partes del mundo.

Dejó el farol en el suelo y se quitó un zapato con la puntera del otro, y el restante empujando con los dedos desnudos del anterior. Avanzó y dejó que el agua le llegara hasta casi las rodillas y se quedó en silencio, envuelto en la negrura de la noche. Apenas se escuchaban pájaros o cualquier otro animal en las cercanías de la ciudad. Por la noche tan solo el cantar de algún grillo irrumpía la quietud del bosque. Ni siquiera se levantó una suave brisa. Tal vez porque estaban en la estación de Luz. Tal vez porque ahora era Ruón el que decidía cuándo debía soplar el viento.

Le gustaban las noches como aquella. Silenciosa, oscura, solitaria.

Hasta que llegó alguien para estropeársela.

—Así que tú también tienes insomnio.

Varlion volvió la cabeza y sus ojos dispares se clavaron en una figura femenina. Si no hubiera sido por el candil, que la iluminaba a medias, solo habría percibido una silueta desdibujada.

Contempló su rostro de facciones afiladas a contraluz. Sus ojos eran de un verde intenso que lo observaban con perspicacia, como si pudiera leer sus pensamientos. Unos mechones rubios asomaban por debajo de la capucha de su túnica gris.

Varlion conocía a esa chica. Apenas habían cruzado un par de palabras, pero fue suficiente para decidir que no la soportaba.

Regresó a la orilla y sus huellas húmedas se grabaron en la tierra. Tomó el farol y los zapatos.

—Buenas noches —dijo Varlion con sequedad.

—*Hiaj Jrux* —contestó la chica cuando él pasó por su lado. Varlion se detuvo y se la quedó mirando con desaprobación—. ¿Qué ocurre?

—«Aura Gris». Creía que ya no utilizábamos ese tipo de expresiones tan... arcaicas.

Aquellas palabras se utilizaban como un saludo o despedida formal. También era una forma respetuosa de desear el bien a alguien. El problema era que desprendía un matiz de repulsa hacia los dextreezo. Era palabras amables para un Verdadero Hijo, y una ofensa para el resto. «Despreciamos a todo lo que venga de fuera», a pesar de que ahora el pueblo de Ruón vivía en la superficie.

—Tal vez no debamos decirlas delante de los dextreezo —respondió la chica—, pero contigo no importa, ¿no? a ti te deseo todo el bien. A fin de cuentas, liberaste a nuestro dios.

La chica esbozó una sonrisa sin dientes, casi como si se estuviera burlando de él. Varlion ya había tenido esa sensación en el pasado, cuando se conocieron en el salón del trono. Y ahora, una vez más, volvía a mostrarse irrespetuosa.

La gente adoraba a Varlion. Se referían a él como el Héroe de Ruón, el que ayudó al ejército de condenados a pisar tierras protegidas por los Sagrados Fundadores, el que asesinó a la reina fundalista, el que llevó la esencia de Ruón a la fuente que para que el dios pudiera liberarse por fin. Se había acostumbrado a recibir un trato casi tan especial como el que le proferían a Cilyan.

Y por primera vez, se había encontrado con alguien que lo trataba casi con descaro.

Si supieran que en realidad Siann había hecho casi todo el trabajo. Él a duras penas pudo avanzar entre los muertos. Lo único que hizo sin cobardía fue derramar la esencia de Ruón en aquella fuente de agua fundalista. En realidad, él no era el héroe de nada. Cilyan lo sabía, pero no podía permitir que nadie más

lo supiera. Si esa chica sospechaba de su ineptitud y esparcía rumores, su reputación se vendría abajo. Lo único que había logrado en la vida era una farsa, pero una muy cómoda. Su vida era tranquila, holgada, libre de responsabilidades. A fin de cuentas, él ya había cumplido con su papel en aquella historia.

—Liberé a Ruón, sí. —Varlion alzó el mentón y trató de mirarla por encima del hombro, lo cual fue complicado porque la chica era igual de alta que él—. Así que deberías tenerme más respeto. Tú... Eh...

—Narlej —dijo ella—. Me appena que no seas capaz de recordar mi nombre. Nos presentaron tras la coronación de la emperatriz.

—No soy bueno recordando nombres.

—Ya veo. —Narlej pasó por su lado y se ajustó la capucha sobre los ojos—. Se te dan mejor otras cosas, como disfrutar de la fama.

Varlion rechinó los dientes. ¿Quién se había creído que era esa chica?

—¿De qué estás hablando, si puede saberse?

«Si eres tan valiente para tutearme o burlarte de mí, lo serás también para acusarme con claridad», pensó él, con la rabia aumentando por momentos.

Para su sorpresa, Narlej se volvió hacia él con tranquilidad y dijo:

—Bebes mucho. Y sabemos que fumas a escondidas, a pesar de que la emperatriz lo prohibió. Tampoco aportas nada a tu pueblo; tan solo te dedicas a holgazanear y a pasar el tiempo en actividades lúdicas poco adecuadas para tu posición.

«Bebes, fumas, vagues y apuestas». Era un buen resumen de su día a día, desde luego.

—La vida que tenemos ahora es gracias a mí. ¡Yo liberé a Ruón! ¿Y te atreves a recriminarme que no hago nada por nuestro pueblo? —Varlion se dio cuenta de que estaba gritando y se obligó a callar antes de soltar algún insulto. Inspiró y notó que le temblaba el ojo bueno por culpa de la ira que reprimía.

—Tú liberaste a nuestro dios, y eso es algo por lo que todos te admiramos —dijo Narlej. Su serenidad tan solo consiguió enervar aún más a Varlion—, pero todo lo que tenemos ahora es gracias a tu hermana. Cilyan se encargó de planificar y construir una nueva ciudad, un nuevo hogar para todos.

—Sí, con sus propias manos. Todavía recuerdo el día que la vi montar paredes y pulir piedra —se burló Varlión.

Narlej lo ignoró.

—Ella nos ha dado mucho. Desde que se puso la corona, supo que tenía entre sus manos una inmensa responsabilidad, y ha demostrado ser digna de ella. La labor de una líder no termina cuando se gana una guerra. Y opino que la de un héroe tampoco.

—Y supongo que serás tú, chica cualquiera que se las da de importante, la que me diga lo que debo hacer, ¿no?

Una parte de él, habría deseado que le dijera algo. Narlej abrió la boca, pero se lo pensó mejor y volvió a cerrarla. Finalmente, se encogió de hombros y le dio la espalda.

—Un héroe de verdad sabría qué hacer con su vida.

«Yo no lo soy. No soy el héroe de nada». Varlion se tragó las palabras que habrían derrumbado toda su fachada, incluso si una parte de él se moría de ganas de gritarlo.

—¿Por qué has venido aquí en mitad de la noche? —dijo, en su lugar.

Ella titubeó, como si la pregunta la hubiera pillado por sorpresa.

—Salí a dar un paseo y te vi.

—Y me seguiste.

—No sé por qué lo hice. Te pido disculpas.

«Se lamenta por seguirme y no por faltarme el respeto. Qué rara es esta chica».

—La emperatriz Cilyan está preocupada por ti. Cree que estás desaprovechando tu tiempo y estatus —dijo Narlej—. Y que te estás descarrilando del camino sagrado.

Era cierto que últimamente Varlion no había mostrado mucho interés en las ceremonias ruonistas. Desde las últimas Bendiciones de Ruón, o quizás antes, había sufrido una crisis de fe. No es que no creyera en su existencia —era innegable que el dios estaba ahí, cubriendo el cielo, observándolos a menudo—, sino más bien en su capacidad o su intención de ayudarlo. En las Bendiciones, los niños entregaban a Ruón algún objeto valioso a cambio de algo mejor. Ese algo, en realidad, se lo regalaban los padres. A partir de los doce años, la tradición dictaba que se le ofrecía respeto y fidelidad eterna a cambio de un máximo de tres peticiones. La única norma era que ninguna de ellas podía provocar daño a alguien.

Cuando Varlion pidió dos deseos, esperó de corazón que Ruón obrara para cumplirlos. Debió de estar tan decepcionado con él como Varlion lo estaba consigo mismo, porque después de dos meses, todavía no le había concedido nada.

—Tal vez sea cierto. Lo del camino sagrado, me refiero —dijo Varlion, más para sí mismo que para Narlej.

La chica se puso tensa y lo escrutó con la mirada.

—¿Por qué dices eso?

—Ruón ignoró mis deseos en las últimas Bendiciones. Desde ese día, me siento un poco alejado de él.

—¿Qué deseos fueron esos?

Varlion titubeó antes de contestar:

—Pedí recuperar la vista del ojo malo. Y míralo. —Señaló su globo lechoso—. Sigue siendo inútil.

Narlej asintió con gravedad.

—¿Y los otros?

—Solo hubo otro. —Cuando la chica asintió como si recordara, Varlion resopló—. Me viste quemar dos papelitos, ¿verdad?

—Así es —contestó Narlej— ¿Cuál era el otro deseo?

—Eso prefiero guardármelo para mí.

—Varlion...

—Es cosa mía. Además, ni siquiera sé por qué te estoy contando esto. —Hizo ademán de alejarse de ella, pero Narlej lo agarró del brazo para detenerlo. A Varlion le incomodaba la cercanía que tenía ahora con ella, pero trató de mostrarse firme—. No me vas a decir la verdad, así que yo tampoco te lo contaré todo.

Narlej dejó caer la mano.

—¿La verdad?

—Me estás espiando a petición de mi hermana.

—Eso no es cierto.

Varlion le clavó la mirada. Sabía que era capaz de incomodar a cualquiera con su ojo tuerto, aunque no viera con él. La mayoría de la gente trataba de no mirarlo de frente por eso mismo.

Sin embargo, ella se mantuvo firme largo rato, hasta que finalmente suspiró.

—No me ha pedido que te espíe, solo quiere que me asegure de que estás abierto al diálogo.

—Bueno, pues dile que no lo estoy y que me deje en paz —soltó Varlion.

Narlej se mantuvo pétrea, aunque empezaba a hartarse de su actitud.

Cilyan ya le había advertido sobre el carácter desagradable de su hermano. Lo describía como un auténtico salvaje, corrompido hasta la médula por vivir durante años entre dextreezo repugnantes. Alejado de las tradiciones de su pueblo, desdeñoso de su propio dios, al que había liberado con sus valerosas acciones. Narlej sentía lástima por el chico. No todos los héroes saben cómo vivir después de sus hazañas.

Ella había decidido aceptar la petición que le hizo la emperatriz de «encargarse de Varlion», en parte por la presión de los que conocieron los planes de Cilyan. No tardó en darse cuenta de que no podía hacerlo. Decepcionaría a todos, tal vez

incluso sería castigada por desobediencia. No importaba: sus interacciones con el héroe de Ruón comenzaban y terminaban allí, frente al Sijeeskeern.

—Te deseo una buena noche, Varlion —dijo ella. Se acercó a él lo suficiente para hablar en un susurro y que le oyera—. Ojalá encuentres de nuevo tu camino hacia la fe. Quizás así Ruón decida concederte tus dos deseos.

La chica se alejó hasta perderse en la oscuridad, lejos de la débil luz del farolillo.

«Es una chica muy rara», pensó Varlion por segunda vez. No quería preocuparse más por el asunto, pero no pudo evitar sentirse un poco inquieto. Si Cilyan había llegado al punto de pedirle a otra persona que hablara con él, significaba que su próximo movimiento sería mucho más inflexible.

Y Cilyan ya solía ser inflexible de normal.